

Alma Valenciana

COMEDIA DRAMÁTICA EN UN ACTO

ORIGINAL DE
IGNACIO Y CONCHITA RUIZ



VALENCIA—1926

TALLERES TIPOGRÁFICOS «LA GUTENBERG»

CALLE DE SALVADOR GINER, 9

Alma Valenciana

COMEDIA DRAMÁTICA EN UN ACTO

ORIGINAL DE

IGNACIO Y CONCHITA RUIZ



JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTISTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia

T. BORRÁS

N.º de la procedencia

VALENCIA—1926

TALLERES TIPOGRÁFICOS «LA GUTENBERG»

CALLE DE SALVADOR GINER, 9

720332

Esta obra es propiedad de los autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado o se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

A

D.^a Maria Bau Navarro

con todo el cariño.

Tu esposo e hija

Los Autores

REPARTO

PERSONAJES

RAMONA, madrina de.
AMPARITO..
PEPET.
RAIMUNDO.
FRANCISCO.
Mozo 1.º
Mozo 2.º

Mozos y mozas del pueblo. Rondalla. Cantador.

LA ACCIÓN EN LA HUERTA VALENCIANA

Época actual.

Derecha e izquierda del espectador.

ADVERTENCIAS RELATIVAS A LOS PERSONAJES

RAMONA

Mujer de unos 50 años, cabello cano, pero muy bien conservada, simpática, limpia y de carácter franco y bondadoso.

AMPARITO

Joven de 22 años, huérfana de padre y madre, que desde muy niña quedó al cuidado de sus padrinos (personas de bastante buena posición). Es una linda muchacha de muy elevados sentimientos, viste muy bien pero a usos de la huerta y de la época actual. Su amor por Pepet, su prometido, raya en lo sublime.

PEPET

Joven repatriado de la actual guerra, que al marchar prometió a su novia ganar una cruz, que le entregaría como emblema de su infinito amor. Un accidente en la lucha le privó de la vista dejándole ciego.

RAIMUNDO

Joven de 26 años, hijo de muy acomodados labradores, y que teniendo la convicción de que Pepet, su amigo, murió en la guerra, ofrece su amor a la hermosa Amparito, que por su belleza y envidiables virtudes le cautivó el corazón, sin ella dar pie a ello

FRANCISCO

Consorte de Ramona y de idéntico carácter que ella. Edad: 55 años. Es hombre parco en hablar.

DOS PALABRAS SOBRE EL ORIGEN DEL ARGUMENTO

Hago constar que está basado sobre un cuento que mi hija Conchita escribió en el importante periódico diario de Valencia, *Las Provincias*, con fecha 12 de Abril de 1925, publicado en sitio preferente en su página femenina, y con el mismo título de ALMA VALENCIANA. Me gustó, y de ahí nació la idea de escribir esta modesta producción escénica en colaboración, con algunas modificaciones, para hacerla teatral.

IGNACIO RUIZ



ACTO UNICO

La escena representa una alquería en la huerta valenciana, pero únicamente asoma por la derecha la puerta y ésta precedida de un emparrado, cuyas parras enlazadas forman bonito contraste con pasionarias, campanillas azules y otras plantas trepadoras. Debajo del emparrado una mesa. A la izquierda muchos rosales. En el fondo el campo riente, lleno de luz y color, bajo un cielo azul.

ESCENA PRIMERA

Es la fiesta de la Virgen de los Desamparados. Antes de levantarse el telón se oye bulliciosa algazara de gente moza; a los sonos de guitarras y bandurrias se canta la siguiente copla:

(Jota valenciana.)

Amor que del alma nace,
es amor que nunca muere;
naciendo de donde nace,
Dios manda que viva siempre.

Telón arriba.

Raimundo, Mozos 1.º y 2.º y varios mozos y mozas que les acompañan, formando cuadro valenciano.

La Sra. Ramona, que va saliendo a medida que sube el telón.

Ramona. Alegre está el día.

Raimundo. Santas y buenas tardes.

Ramona. Felices nos las dé Dios a todos. Bien se ve que está el día de fiesta. ¿Quién lanzó al aire el cantar?

Mozo 1.º El mozo más «templao» que pisa la huerta.

Mozo 2.º ¿Quién había de ser? Raimundo. El corazón puso en la copla.

Mozo 1.º Es que le tiene ley a la alquería.

Mozo 2.º ¿A la alquería no más?

Raimundo. Ea, basta, que vais a conseguir que me sonroje. Diga usted, señora Ramona: ¿Dónde está Amparito? Hoy es su fiesta, y a festejarla venimos.

Ramona. La chica fué con su padrino a Valencia, pero yo por ella corresponderé a vuestra fineza; no ha de turbarse la fiesta. Al instante voy a por unas botellas.
(Entra en la casa)

ESCENA II

Raimundo, Mozo 1.º, Mozo 2.º y demás jóvenes que les acompañan.

Mozo 1.º Contento puedes estar, Raimundo.

Raimundo. ¿Por qué?

Mozo 1.º Por el agasajo.

Mozo 2.º Bien diligente se fué para obsequiarnos..., mas si en la «compaña» no estuviese este candidato para su ahijada... puede que nos fuésemos sin remojar el gaznate.

Mozo 1.º «Pa mí» que se gana éste la chica, y deja al soldado con un palmo de narices.

Mozo 2.º Puede... que pueda; por lo menos tiene de su parte a la madrina, según se va viendo.

Raimundo. ¿Queréis callar? La chica tiene palabra empeñada con Pepet, que aunque todos le tienen por muerto en la guerra, y hasta su misma madre luto le lleva, Amparito no se lo cree, y como ella es como es, sufre y espera.

Mozo 1.º Mala cuenta es esa; en amores, ausencia y olvido, pronto se confunden si otro galán rico en la contienda se mezcla.

Raimundo. Silencio, que sale.

ESCENA III

Vuelve la *Sra. Ramona* llevando una bandeja de pastas y dulces, botellas y copas; servicio que dejará sobre la mesa.

Ramona. Vaya, muchachos; tome cada cual lo que guste, y a beber unas copas. (Ella misma las irá llenando con la ayuda de Raimundo y ofreciéndolas a todos.)

Mozo 1.º ¿No esperamos a la reina de la fiesta?

Ramona. No hay que esperarla, que aun puede tardar: os lo agradezco yo en su nombre.

Raimundo. (Con una copa en la mano, dispuesto a apurar su contenido.) A la salud de la hermosa Amparo y de su simpática madrina.

Mozo 1.º Sea. A su salud...

Mozo 2.º Y por muchos años. (Beben todos.)

Ramona. Gracias, y que siente bien. (Pequeña pausa.) Bonito cantar el de antes. Mucho le ha de gustar a la chica. Espero que se repita luego.

Raimundo. Y ahora también, si usted es gustosa.

Ramona. Ahora podéis cantar otra copla de vuestro repertorio.

Raimundo. En seguida. Muchachos, a tocar y cantar. (Le guiña al cantador para una copla convenida.)

Se va oyendo poco a poco el rasguear de las guitarras; llegado el momento oportuno se adelanta un mozo y canta la siguiente copla:

Cantador. Yo he visto con sol llover,
de claro volverse obscuro,
y derrumbarse un querer
cuando estaba más seguro.

Mozo 1.º Muy bien.

Mozo 2.º Bravo, bravo.

Raimundo Qué, ¿le ha gustado?

Ramona. Mucho, y si yo supiera te cantarí­a esta otra copla que dice: (Recitada y como contestación a Raimundo, para que se dé por entendido.)

No hay un rosal sin espinas
ni un arroyo sin arena,
ni hay un alma enamorada
que viva libre de pena

Raimundo. (Experimenta cierta contrariedad, pero como no dándose por aludido se despide.) Ea, señora Ramona, si no manda usted otra cosa nos marchamos. Más tarde volveremos.

Ramona. Ir con Dios, muchachos.

Mozo 1.º Hasta luego, señora ama.

Mozo 2.º Quede con Dios. (Todos se alejan con Raimundo.)

ESCENA IV

Ramona, y Raimundo que vuelve ha poco de haber salido.

Raimundo. Perdone si la importuno, pero... puso usted tal intención en lo que antes dijo, que la verdad, su actitud me intranquiliza y no he podido esperar más. Qué, ¿la entregó mi carta? ¿La tomó? ¿Se enfadó

conmigo? ¿Qué dijo Amparito? (Con vehemencia) ¿Me rechaza, me quiere? Por Dios, señora Ramona, que me consume la ansiedad por conocer su respuesta.

Ramona. Calma, Raimundo, mucha calma. La hablé de ti y de tus pretensiones amorosas; la rogué que tomara tu carta, pero... no quiso; aunque sin enfadarse, la rechazó diciendo con tono afable y reposado: «Que su cariño era de su Pepet, con quien tiene puesta toda su esperanza, y confía que Dios se lo devolverá.» Calló un momento, enjugó una lágrima y añadió: «Esperar debo, así me lo dicta el corazón y el alma.» Le hablé del porvenir que le ofreces, de tu familia rica y honrada, de tu amor, y... nada, nada; que «espera y espera».

Raimundo. Ya es vana su porfía. Pepet murió en la guerra, ¡qué duda cabe! Así lo afirman sus compañeros; su madre luto le lleva; su silencio delata su desgracia... La misma Amparito le llora, y por muerto le reza. ¿Qué más pruebas quiere? Yo mismo no la pretendería si otra cosa creyera. Mi amor es noble, no es criminal; usted que desde niño me conoce, bien lo sabe, señora Ramona.

Ramona. Sí, ya lo sé; yo vería con gusto vuestro enlace, y mi esposo también. ¡Qué más porvenir para mi Amparito! Pero oyes a ella, y tal convencimiento pone en sus palabras, que me hace dudar, y a veces me inclino a creer que su desgracia no es irremediable... Y mira, Raimundo; yo no sé qué te diga, ni qué misteriosa fatalidad envuelve al infeliz entre sombras; ignoro su vida o su muerte, aunque todo hace suponer que Pepet murió en la guerra; pero lo que sí puedo asegurarte es, que mi Amparito le aguarda con el alma de ilusiones llena. (Pequeña pausa.) Yo te aconsejo que esperes, y des tiempo al tiempo.

Raimundo. ¡Esperar! ¡Esperar! ¡Bella ilusión cuando un amor a otro amor corresponde! ¡Esperanza cruel, cuando a la pasión no se le otorga alguna confianza! Si al menos allá en su recatado mirar... Si en su boca se revelase una leve sonrisa... Si el aire cálido y suave de su aliento sutil revelase, cual ligero aletear de mariposa, que no desdeña el perfume, la miel de nuevas flores..., entonces, esperaría.

Ramona. Hablas como enamorado, dando rienda suelta a los impulsos del corazón; pero no eres razonable. Eres injusto con Amparo, Raimundo. Respeta su dolor.

Por tus venas circula sangre levantina, que significa abnegación, nobleza de sentimientos, pronta a la alegría, resignación en la adversidad. Aleja las penas y vuelva la alegría. Recuerda que hoy es día de fiesta en esta casa. Y... ya sabes el refrán: «A mal tiempo, buena cara.» Vuelve luego a verla. ¿Te esperamos?

Raimundo. Sus palabras me alientan; gracias. (Le da la mano agradecido.) Hasta después. (Mutis.)

ESCENA V

Ramona, Francisco y Amparito que vienen de compras.

Amparito. Muy felices, madrina. (La besa cariñosamente.)

Ramona. ¡Hola, rapaza! Y tú, Francisco, ¿qué cuentas? ¿Cómo habéis tardado tanto?

Francisco. Esta (por Amparito), que quiso ver a la madre de Pepet, y ello fué la causa. Por cierto que no me gustan esas visitas, porque siempre me ponen triste a la chica.

Amparito. ¿Vino alguien, madrina?

Ramona. Sí; estuvieron tus amigas de ahí de la alquería de «Los Rosales», ¿sabes? Toneta y «la Maja» preguntaron por ti, y se marcharon. Más tarde volverán.

Amparito. ¿Y nadie más?

Ramona. Sí; también estuvo Raimundo, acompañado de los mozos, y hubo su migaja de música y coplas finas en tu honor.

Amparito. Corren vientos finos. (Con guasa y por Raimundo.)

Francisco. Mujer, hoy es tu día y debes de celebrar que se acuerden de ti mozos y mozas, que bien lo merece mi reina.

Amparito. (Mimosa.) Tío...

Francisco. Mimitos, ¿eh? (Acariciándola.) Pagada estará mi chiquilla. Todo el mundo es a quererla y a mimarla. Hasta la huerta se cubre de flores, cuando llega tu

santo, en este hermoso mes de Mayo. El mismo cielo, que todo lo embellece, parece más azul y más alegre... Todo se lo merece mi Amparo.

Amparito. Tío Francisco... (Mimosilla)

Francisco. Ramona, vamos a preparar todo lo necesario para cuando vengan los convidados.

Ramona. VAMOS. (Vanse al interior de la casa Francisco y Ramona, quedándose en escena Amparo.)

ESCENA VI

Amparo y Raimundo que entra por el foro.

Raimundo. Muchas felicidades, Amparito. (Le estrecha la mano.)

Amparito. Gracias

Raimundo. ¿Y los padrinos?

Amparito. Por allá dentro «trajinando». ¿Una copita, Raimundo? (Señalando las botellas que hay sobre la mesa.)

Raimundo. Con mucho gusto; que aun cuando ya bebí antes, de tus manos debe saber a gloria.

Amparito. Exagerado... (Llena dos copitas y le ofrece una a Raimundo.)

Raimundo. Venga esa copa de néctar, que bien merece un brindis por tí, y en tí, a la mujer de mi tierra, que mejor representación no hallara, ni por su nombre, ni por su hermosura, ni por sus virtudes.

Amparito. Gracias por tan amable como inmerecida galantería.

Raimundo. (Levantando la copa.)

¡Salve, mujer valenciana!
La de sedosos cabellos,
la de los ojos más bellos
que la más bella sultana.

Es la sangre valenciana
sangre de noble aureola;
por hidalga y española
es hermosa y es humana.

(Se dispone a beber.) A tu salud (Apura el contenido. Pequeña pausa.)

Amparito. Brindis semejante bien merece contestación, no ya por mí, sino en mí, la mujer valenciana, que es como la de toda tierra española. (Coge la otra copa y levantándola, dice:)

¡Salve, tierra levantina!
Gracias al adulator,
nunca la traición germina,
cuando en las almas domina
fiel pureza en el amor. (Aludiéndole.)

Esta tierra, sin rival,
de noble y bello regazo,
extiende amoroso abrazo
para todo el mundo igual.

(Recitará con creciente calor la siguiente estrofa.)

Sangre de noble aureola
es la raza valenciana;
caritativa y humana,
valenciana y española.

(Simula que bebe para dar solemnidad al brindis.)

Raimundo. Muy bien, muy bien. (Pequeña pausa.)

Amparito. ¿Voy a decirle al padrino que estás aquí?

Raimundo. Espera, luego irás (Vacilante.) Oye, Amparo; ahora que estamos solos, yo . (Sigue indeciso) quería decirte... Tú ya sabes mis afectos, mi pasión por ti...

Amparito. No sigas, Raimundo. (Sintiéndose lastimada en sus más hondos sentimientos.)

Raimundo. Perdona, no creí ofenderte. El amor que por ti siento es leal; vengo a ofrecértelo a la luz del día, no a es-

paldas del otro ausente. No traiciono al amigo, que ya dió su vida... Indigno fuera yo de mí y de ti, si otra cosa pensara. (Mimoso.) ¿No me crees, Amparito? Te juro que mis palabras nada tienen que ocultar al pensamiento. ¿Me crees?

Amparito. Sí, te creo y te lo agradezco. Cuenta con mi gratitud; pero mi voluntad es del otro, tú bien lo sabes, y sabiéndolo no debieras de atormentarme más. Ya ves; tú eres rico y él es pobre. Bien se ve que no impera el egoísmo, y es que cuando el amor brota del alma y crece al calor de mutuos sentimientos, no bastan para olvidar retoños de nuevos quererres, tesoros de dinero y de honradez, porque la raíz se fué muy honda, y vive para sí, callada, oculta y pronta a volver a la vida, arriba, a la clara y diáfana luz de los cielos.

Raimundo. ¡Eres del otro! ¡Siempre del otro! Ya lo sé, pero también sé que ese amor sólo es una quimera, una obsesión. Ese amor es sólo para su memoria; es irreal, porque ya no existe el ser amado. Créeme, Amparito, y vuelve a la realidad. Los ojos del espíritu te hacen ver lo que no es, mal que te pese.

Amparito. Si para ti no vive, para mí, sí. Además, ¿qué pruebas tienes para asegurar que no vive Pepet?

Raimundo. Sus amigos así lo dicen; su prolongada ausencia..., sus cartas que ya no llegan; su madre, que desolada le llora. ¿Quieres más aun? Los repatriados de su misma promoción ya volvieron todos, todos menos los que allá..., en el campo de batalla, sin vida quedaron.

Amparito. ¡Oh, calla! (Llora.)

Raimundo. Lloro tu desventura, y sean tus lágrimas bálsamo consolador a tus penas; pero no abrigues por más tiempo engañosas ilusiones. Créeme, mujer. Yo comprendo tus sentimientos; esperaré. Más adelante hablaremos de nuevo de mí y de ti.

Amparito. No insistas. ¡Quién sabe si volverá algún día!

Raimundo. Si volviera, libre quedarías para ofrendarle tu amor, que yo, ahogando mis sentimientos, bien a mi pesar, me marcharía.

Ramona. (Desde dentro.) Amparo. Amparo. (Llamando.)

Amparito. Voy, madrina.

Raimundo. ¿Amigos? (Tendiéndole la mano con cariño. Mutis.)

Amparito. Amigos, sí. (Le da la mano.)

ESCENA VII

Amparito y Ramona,

Ramona. ¿Qué haces que no entras, mujer?

Amparito. Raimundo, que me entretuvo contándome sus cuitas.

Ramona. ¿Y tú... le correspondiste al fin?

Amparito. ¡Ay, madrina! ¿También usted? ¿No sabe que mi felicidad está muy lejos de aquí? ¿O es que ya no me quiere?

Ramona. Eso me dices a mí, a tu madrina, a tu madre; porque como a hija mía te he criado desde niña, cuando faltaron tus padres... Yo que por ti y para ti he vivido. Yo, que sufrí con tus enfermedades y gocé con tus alegrías. ¡Ingrata! ¡Qué no haría tu madrina por verte feliz!

Amparito. Perdóneme, madrina. No soy desagradecida. La quiero a usted como a mi madre la querría si viviese, y al padrino también; son ustedes para mí lo que han sido siempre: «mis padres». ¡Pero esta tristeza mía! ¡Si yo pudiera arrancarla para devolverles la alegría! Pero ustedes son buenos y sabrán disculparme, ¿verdad? ¿Bien sé que no tengo derecho para hacerles sufrir; que les debo gratitud eterna. Sé que sólo desean mi felicidad, ¿verdad, madrina?

Ramona. Por eso que te quiero y deseo hacerte dichosa, es por lo que te pregunté si accedistes al amoroso requerimiento de Raimundo. ¿Qué tienes que decir de él? Buen muchacho, trabajador, honrado, hijo de muy buena familia, y rico. ¿Qué más puede desear una joven como tú?

Amparito. Sí, lo sé. ¡Ay, Dios mío! ¡Tengo una congoja!... ¡Siento unas ganas de llorar! Compadézcame, madrina; si no sé expresar lo que siento, adivínelo. Hágame ese bien.

Ramona. Vamos, vamos, no seas chiquilla. (Con ternura.) Ya sabes que todos te queremos mucho. ¡Ea, se acabaron las tristezas! Pues que tú lo desees, no se hable más de ello. Yo, si te dije lo que te dije, fué por tu bien; pero... nada, nada, aquí se hará lo que cumpla a tu voluntad. Anda, seca esas lágrimas, que no te vean así, y vámonos.

ESCENA VIII

Amparo, Ramona, y Raimundo que aparece con actitud demudada, pálido y muy emocionado.

Raimundo. Amparo, vengo de prisa a decirte... (Voz entrecortada.) Te voy a dar una alegría muy grande: he querido ser yo el primero... (A la señora Ramona.) Escúcheme usted también. Oíganme con calma: Hace poco expuse a Amparito el profundo afecto que por ella siento. Su simpatía, sus virtudes, su belleza, en fin, me ganaron el corazón; se lo ofrecí lealmente para hacerla dichosa. Ella me rechazó dulcemente porque adora una bella ilusión. ¡Qué no haría yo por ella! .. Pues bien, ha llegado el momento de poder demostrar la nobleza de mis sentimientos. Con la noticia te doy la felicidad y con ella mi palabra de no volverte a hablar de mis rotas ilusiones... ¿Adivinas?

Amparito. ¡Ay, madrina! ¿Si fuera cierto lo que sospecho?

Ramona. Pero... ¿Quieres hablar ya de una vez?

Raimundo. Pepet, vive. Pepet, ha llegado. ¡Pero de qué modo!

Amparito. ¡Justo Dios! (Le da un pequeño vahido; su madrina la sostiene.)

Ramona. ¡Quién había de pensar! Parece mentira. Lo creo porque tú lo dices. ¿Dónde está? ¿Cuándo viene?

Raimundo. (A Amparito.) ¿Pasó el momento de la emoción, Amparito?

Amparito. Ya pasó, no fué nada; gracias. ¿Es cierta su llegada? ¿No me engañas?

Raimundo. Repito que ha llegado. No hice más que despedirme de ti, cuando noté en el campo un tropel de gente con grandes demostraciones de alegría. ¿Qué será?, me pregunté. La curiosidad me atrajo, y cuál no sería mi sorpresa al reconocer a Pepet. Le llamo: Pepet; mira y no me vé. ¿Qué pasa? Me aproximo; no me reconoce, y observo con espanto que está ciego. (Amparito se tapa la cara llena de horror.) Le hablo, y exclama: ¡Raimundo! Me da un fuerte abrazo, y ansioso me pregunta por ti. Repuesto yo un tanto, me adueño de mí; le hablo de ti, y me brindo a ser su portavoz. Le arranqué promesa de no venir mientras yo esté en esta casa. Así, que no le conducirán los que le acompañan hasta que yo no haya salido.

Amparito. ¡Qué alegría, y al mismo tiempo qué tristeza!

Ramona. Gracias, Raimundo.

Raimundo. Ahora, cumplida esta misión, me marchó, ahogando mi querer en lo más recóndito del corazón, desgarrado... ¡Ya no verás en mí al pretendiente! Tendrás en Raimundo un amigo sincero, un cariño de hermano. Adiós, Amparo. Que seas muy feliz.

Amparito. ¡Alma noble y generosa! ¡Amigo del amigo, amigo leal! ¿No me guardas rencor? ¡Fuí tan severa contigo!... ¡Pero yo siempre creí en la nobleza de tus palabras. ¿Me perdonas? (Afable.)

Raimundo. Nada tengo que perdonar. Tu voluntad la admiro, aunque me hiela el alma. La mano, y sé dichosa.

Amparito. No, yo no quiero que te vayas así. Hoy es mi día, quiero que vuelvas... ¿Vendrás?

Raimundo. No, que la herida aun está abierta... ¿No comprendes?

Ramona. (¡Corazón de oro el suyo!)

Raimundo. Adiós, señora Ramona.

Ramona. Hasta siempre. (Le da la mano.)

Raimundo. (Llega al foro, y señalando por la izquierda, en que se supone aguarda Pepet, dice:) ¡Mira (A Amparito.) cómo viene por allí la felicidad!.. ¡Por aquí el infortunio se aleja! (Mutis por la derecha.)

ESCENA IX

Amparito, Ramona y Pepet (ciego) acompañado de algunos mozos y mozas, que quedarán al foro.

Pepet. (Dando voces.) ¡Amparo, Amparito! ¿Dónde estás que no te veo?

Amparito. Aquí estoy, Pepet. (Le abraza con ternura.)

Ramona. ¡Ciego! ¡Qué desgracia más grande, Virgen mía!

Amparito. (Separándose de los brazos de Pepet.) ¡Qué horror, Dios mío! (Tapándose los ojos con espanto.)

Pepet. ¿Te apartas de mí? ¿Huyes de mi lado por mi tremenda desgracia?

Amparito. (Con firmeza.) ¡Eso nunca, mi pobre Pepet! (Le coge las manos con cariño.)

Ramona. (Dirigiéndose a los mozos) Muchachos, ahora que ya le tenemos en casa, podéis marchar y volver más tarde si queréis. (Vanse los mozos por el foro, y Ramona, afligida, entra en la casa.)

ESCENA X

Pepet y Amparito.

Pepet. (Con gran ternura.)
¡Amparito de mi vida,
tesoro de mis amores,
prenda por mí tan querida,
ilusión de mis amores!
¡Por fin a tu lado llego
abatido y desolado!
El corazón destrozado:
¡A mis lares vuelvo ciego!

Amparito. (Con ternura y animándole.)

Es bien venido a sus lares
el héroe bravo, aguerrido;
de todos mi preferido,
consuelo de mis pesares.

No importa nada el no ver,
cuando se ama con alma;
en la frente va la palma
y en el corazón, querer.

Pepet.

¡La tierra de mis amores!
¡Cuántas bellas ilusiones
forjé de hermosas pasiones!
¡Valencia de mis amores!

(Transición.)

¡Amparito de mi vida! ¡Cuánto tiempo!... ¿Qué
habrás pensado de mí?

Amparito. Pepet; mi Pepet. (Llora de alegría.)

Pepet. No llores, mujer.

Amparito. Son lágrimas de alegría. ¡Figúrate! Verte de impro-
viso a mi lado, cuando todos en tu muerte creían; es
decir..., todos menos yo. Siempre tuve el presentimien-
to de que vivías, que algo superior a la fuerza
humana te retenía alejado de mí; pero otra fuerza
misteriosa alentaba mi espíritu, era como una voz in-
terna que me decía en mis soledades, quedo, muy
quedo: (Con voz misteriosa.) «Aguárdale, Amparo,
aguárdale», y yo, estremecida, sentía renacer en mi
alma una dicha inefable... ¡Ondas de aire cálido y
suave!... ¡Aromas de añoranzas!... ¡Ráfagas de
amores!... Y, confiada, te esperaba siempre, siempre.
Pero tú no venías nunca, nunca Pasaba un día, y
otro día...; días muy largos, que semejaban noche
eterna sin alba. Hasta que al fin, ¡oh dicha!, con la
luz de nueva aurora llegó el día feliz, el «mío» pre-
cisamente, el de la Virgen de los Desamparados.
¡Milagro de la Virgen! ¡Gracias, Virgen mía, gracias!

Pepet.

¡Llor a nuestra excelsa Patrona!

Amparito. ¡Qué impresión tengo al verte!... A tu lado me siento
dichosa. (Animándole para que no se preocupe de su des-
gracia.) Cuéntame, (Con mucho cariño.) cuéntame. Quié-

ro saber cuál fué la causa de tu silencio... (Mimosa)
¿Por qué no me escribías? ¡Irgrato!

Pepet.

Mi cautiverio fué la causa de mi desgracia y mi silencio. ¡Aun conservaba la vista entonces! Reducido a prisión, allá en mis soledades, tu recuerdo y el de mi madre aumentaban mi tristeza. ¡Qué pensarán de mí! Y me flaqueaban las fuerzas en aquella horrenda prisión. Otras veces, recobrando ánimos, sentía ansias de verme libre, y acechaba al guardia moro para aprovecharme del menor descuido y recobrar mi libertad. Por fin, una noche pude echarme feroz sobre el moro, y agarrotadas mis manos sobre su cuello, le estrangulé. ¡Con qué placer vi despalmarse su cuerpo inerte! Rápidamente me apropié de su chilaba y turbante para despistar en mi fuga al enemigo. Aprovechando la negrura de la noche, y llevando para mi defensa la gumía y la espingarda, corrí a campotraviesa, hasta que, tras largo caminar, logré ponerme en salvo y me presenté de nuevo a los míos.

Amparito.

Cuánto habrás sufrido, ¿verdad?

Pepet.

Sufría de pensar en ti y en mi madre. Cuando se cumple con los deberes de la Patria sólo se piensa en defender la madre España, y yo cumplí, dando a cambio de mi vida, que el Destino rechazó, la luz de mis ojos... ¡Que a tanto equivale mi tremenda desgracia!

Amparito.

No te atormentes con esa idea. ¿No me ves a mí, orgullosa de tenerte a mi lado, sea como sea? (Siempre con gran ternura.)

Pepet.

¡Qué buena eres!

Amparito.

Anda, sigue el resto de tu relato.

Pepet.

Entramos en acción de nuevo. ¡Fué un combate horrible! Hombres y caballos en tropel; silbido de balas; roncós cañonazos que atruenan el aire; nubes de pólvora humeante... ¡Plomo hirviendo por todas partes! ¡Ayes de dolor que lanzan nuestros hermanos que caen!... ¡Sangre vertida que pide venganza! ¡Oleadas de sangre el corazón inflaman! ¡La avalancha cristiana arremete con furia loca sobre la chusma morisca!... ¡Es el abrazo de odio y de muerte de la guerrera y la chilaba! ¡Rencores de razas y religiones!... La bandera española flota orgullosa Su escudo sacrosanto lleva por divisa un león, que simboliza el valor y la nobleza española; ¡cada soldado

es un león en su defensa, y cada león es un jirón de España!

Amparito. Así, así te quiere tu Amparo.

(Pequeña pausa.)

Pepet. Y ahora, llegó el momento triste de nuestra despedida. Ten valor, como yo lo tengo. Tú eres una mujer de sereno juicio, y comprenderás cuanto debo decirte. Mírame a los ojos, Amparito. ¿Ves? No hay luz en mis pupilas... ¡Viviré en eterna noche sin aurora! ¡Dios lo ha querido; Dios sea loado! Yo anhelaba volver a verte, y no te veo; pero te oigo, y ello dulcifica mis penas; soy feliz a tu lado, mas no quiero ser egoísta; tú, mi adorada Amparito, dulce recuerdo de mis penas en la lucha, no has de sacrificar tu hermosa juventud y tus ilusiones dedicando por entero tu vida a este pobre inválido. Yo te amo con un amor infinito; pero te devuelvo tu palabra de casamiento, para que puedas ser feliz con otro hombre, y por ello te devuelvo tus promesas, tus juramentos tu libertad, pues no puedo consentir que te sacrifiques por el desgraciado Pepet. Resignado quedo, y satisfecho de tu constante y leal pasión.

Amparito. (Con tanta emoción como entereza.) Yo agradezco tu generoso sacrificio, pero no lo acepto, no; si tú deseas mi felicidad, yo la tuya anhelo. ¡Gran corazón el tuyo! ¿Qué me importa que no veas con los ojos del cuerpo, si me ves con los del espíritu? Venga en buen hora ese símbolo de amor prometido que adorna tu pecho; venga esa cruz, a tanta costa ganada, que si tú tienes corazón, yo tengo alma valenciana, tan grande como tu amor.

Pepet. (Se le caen las lágrimas.) ¡Mujer divina, mujer excelsa! Tus palabras suenan en mi espíritu como ecos celestiales, que me llenan el alma de consuelos y esperanzas... ¡Bendita y santa mujer; bendita una y mil veces seas!

Amparito. Mis palabras, mis deseos, hasta el aire que respiro, es incienso que al cielo sube en holocausto de nuestra vida de paz y de amor. (Pausa.)

(Se va oyendo el rasguear de guitarras; es ronda que antes de llegar a escena, y por tanto sin ser vista, canta la siguiente jota valenciana:)

Amor que del alma nace,
es amor que nunca muere;
naciendo de donde nace,
Dios manda que viva siempre.

(Cesa la música.)

(La copla ha sido oída por ellos con devoción, como eco providencial que santificara la intensa pasión de Amparito y Pepet.)

Pepet. Esa copla es una bendición de Dios. ¿Has oído?
(Recordando el cantar y queriéndolo repetir.)

...Amor que del alma nace,
Amparito. (Secundándole.) es amor que nunca muere;
Pepet. naciendo de donde nace,
Amparito. Dios manda que viva siempre.

Pepet. (Con alegría.) ¡Ay, cuánto te quiero!
Amparito. (Con cariño.) ¡Calla, embustero!

Pepet. ¿Me quieres tú mucho?
Habla, ya te escucho.

Amparito. (Embelesada.) ¡Agua del mar bebería
por el aror de Pepet! (1)
¡Agua del mar bebería..
Cuanta más beba, más sed!

(Estos cuatro versos hay que recitarlos muy lentamente, como saboreándolos y sintiéndolos cual si saliesen del alma.)

TELÓN

que irá descendiendo muy poco a poco a partir desde el primer verso «Agua del mar bebería», hasta el último.

(1) No pronunciar la *t* final de Pepet, ni la *d* final de sed!, decir *Pepé* y *sé*.

Precio: UNA peseta